



43. EL MALTRATO INFANTIL, LAS REDES Y NOSOTROS (LOS NUDOS).

F. Domingo-Salvany¹; C. Piqué-Anguera²

ACIM¹ y Centro de Asistencia Primaria. Balaguer (Lleida)².

INTRODUCCIÓN

Quiero agradecer a los organizadores del congreso la posibilidad que nos ofrecen de compartir con ustedes algunas de las cosas que hemos aprendido de los que han sido nuestros maestros sobre el tema del buen trato a que todos los niños tienen derecho, y nuestras dificultades y zozobras para conseguirlo: "Infancia maltratada, ¿Infancia a la deriva?" sería otro título posible de esta presentación.

Este es el guión de lo que proponemos, con el pensamiento siempre puesto en la vertiente positiva, el buen trato:

¿Cuáles son las razones que hacen que nuestra especie deje de tratar correctamente a sus crías?. Nos acercamos a dos modelos: el de interacción social y el ecológico.

Todos, niño y adultos, estamos sujetos a factores de vulnerabilidad y factores de protección. También nosotros, los trabajadores de las profesiones de ayuda.

Y finalmente haremos unos breves apuntes sobre lo que representa para nosotros, los nudos, el hecho de trabajar en red.

La responsabilidad de que nuestros niños y jóvenes estén bien tratados no depende solo de sus padres. Los que queremos trabajar en profesiones de ayuda y en la red socio-sanitaria de apoyo al mundo de la infancia somos corresponsables de lo que les pasa a los niños que, en un momento u otro, atendemos. Alguien dijo que para educar un niño se precisa la participación de toda su tribu.



Del iceberg del fenómeno de los malos tratos infantiles solo vemos la punta. Y nos lo miramos, demasiado a menudo, como espectadores de una realidad más o menos lejana de la que conocemos solo una parte...y olvidamos que nosotros, los profesionales del mundo de la infancia, también formamos parte del fenómeno.

Los estudios que se hicieron en Cataluña hace 20 y 10 años (¡Gracias, Toni Inglés!) mostraron un aumento significativo de casos comunicados por profesionales. ¿Qué lecciones nos dieron las dos estadísticas? Que gracias a la labor de años de sensibilización y formación los profesionales mejoramos nuestras capacidades de detección. Esto fue especialmente claro en la detección de casos de abuso sexual, que conocíamos poco los años 80 pero que detectábamos y, principalmente, nos atrevíamos a gestionar, 10 años después, gracias a la formación recibida durante esa década. Y es que no se puede diagnosticar lo que no se conoce ni gestionar si no se disponen de los recursos, las aptitudes y las actitudes necesarias.

Los modelos explicativos del maltrato infantil intrafamiliar han ido cambiando. Pasamos de justificarlo por trastornos psiquiátricos los padres o por las dificultades de adaptación social, a un modelo de interacción social que conlleva la participación de 4 factores que nos permiten también cuatro vías de prevención : romper el aislamiento social y mejorar las condiciones de vida de los padres; reducir las características que hacen de un determinado hijo la diana escogida del castigo corporal todavía tolerado o de otra forma de violencia (de acción u omisión); e informar de la frustración que pueden provocar ciertas situación desencadenantes, a menudo previsibles, que los padres pueden vivir negativamente.

Y debemos tener en cuenta que la estimulación positiva de los niños no significa sobreprotección y que el no poner límites a los menores nos lleva al fenómeno a veces contradictorio del maltrato parental.



El documento atención frágil, editado por ACIM el año 1990, a partir de una publicación belga, nos ayuda a explicar qué factores condicionan las relaciones de los padres con los hijos en los primeros meses de vida (pre y postnatal) y como pueden condicionar la evolución hacia el buen trato o hacia el maltrato infantil.

Con sus dibujos, "Atención, frágil!" nos refleja que el niño real será a menudo diferente del niño ideal que los padres habían imaginado, así como que la madre o padre ideal no existen. Cada uno procura hacer las cosas de la mejor manera que sabe y puede.

Y nos ilustra que una generosa aportación de bienes material, de productos de marca o de juguetes sofisticados pueden ser del todo insuficientes si no van acompañadas de lo máspreciado: ... El compartir tiempo de ternura y el intercambio afectivo positivo.

El niño crece si le son valorados sus progresos... y, para sentirse seguro, necesita saber qué le está permitido y que le está negado. Necesita que las reglas del juego que le son impuestas sean también respetadas por sus padres.

Es normal que haya un cierto grado de agresividad dentro de la familia, especialmente cuando el pequeño se ha convertido en adolescente. Esto forma parte de la vida diaria. Es preciso, sin embargo, que esta agresividad no degenera en violencia...y debe también ser posible que la persona sobrecargada, incapaz de dar más, tenga a su lado a alguien que le permita tener unos minutos de reposo y de recuperación para poder retomar, más tarde, la atención del niño en mejores condiciones.

Encontramos lógico que el niño que tiene la suerte de nacer en una familia con unas buenas condiciones socio-culturales y en la que recibe lo que le hace falta tendrá más fácil el crecimiento hacia una edad adulta exitosa y con capacidad para hacer frente a las dificultades y los desengaños que la vida nos da a todos.



Y comprobamos, demasiado a menudo también, que el niño que nace en una determinada familia, ya difícil de entrada, y en la que no recibirá unos mínimos para crecer saludablemente y para compensar las dificultades del medio en el que vive, fácilmente se transforma en un adulto frágil y vulnerable.

Pero no debemos olvidar que toda persona (niño o adulto) puede tener tanto factores de vulnerabilidad como factores de protección... y que uno de los factores de protección es disponer de una red de apoyo social que funcione.

Una red de apoyo que debería permitir que un niño que no tiene, de entrada, las mejores condiciones, encuentre, en los profesionales que le atienden, el apoyo y el fomento de otros factores de protección que le permitirán llegar a ser un adulto con posibilidades, sin olvidar que la red de apoyo debería velar también para evitar que determinadas situaciones familiares o de funcionamiento de la misma red empeorara la situación de niños que tal vez hubieran ido suficientemente bien sin nuestras intervenciones intempestivas y descoordinadas.

Si somos profesionales de la ayuda: ¿Cuál es nuestro grado de implicación para mejorar las expectativas de los niños cuando ellos y sus familias con problemas nos interpelan?

Porque si ante las dificultades que los niños y los padres nos plantean, los profesionales nos volvemos de espaldas las consecuencias posteriores también nos atacarán, seguramente... por la espalda!

Si lo que realmente queremos es la mejor atención de los niños de las familias que atendemos, lo prioritario será acompañar a los padres (o ya a los futuros padres) desde el comienzo, cuando se presentan las primeras dificultades de relación, y seguirlos apoyando durante el establecimiento del vínculo positivo con sus hijos.



Es bueno adelantarse con la guía anticipatoria previa de las circunstancias que más a menudo generan conflictos en la relación paterno y materno filial durante los primordiales 2-3 primeros años de vida.

Estos dibujos constituyen una buena muestra de algunos de estos momentos, que pueden ser crisis desencadenante del modelo de maltrato intrafamiliar de interacción social.

Pero tampoco debemos olvidar que la fragilidad está presente en todos los niveles: niños, familias y profesionales. También los padres y nosotros, los profesionales, somos personas con factores de los dos tipos: de riesgo y de protección.

Y es entonces cuando podemos entender que no solo los padres, sino todos podemos ser maltratadores los niños.

De la misma manera que la frustración del padre por la disociación entre el hijo soñado y el hijo realmente obtenido puede ser un factor de riesgo de un posterior maltrato infantil, también la disociación percibida por profesional hacia los padres que debe tratar puede generar maltrato de la familia y la disociación percibida por gestores sociales y políticos de la red hacia los profesionales de que disponen también genera situaciones de abuso que demasiado a menudo conducen el desgaste de los profesionales.

Y no debemos olvidar que el destinatario final de todas las flechas (tanto si son positivas como negativas) es el núcleo del modelo ecológico: en nuestro caso, el niño.

Ayudar los padres a ver positivamente a su hijo, destacando sus capacidades y sus virtudes, nos permite ejercer de lo que somos: profesionales de la ayuda. Pero si queremos ser coherentes con lo que esta tarea nos conlleva necesitamos ir aún más allá. Y saber que nuestra actuación con las familias puede ser, paradójicamente, una forma



de maltrato institucional. Si nuestra visión de las familias es negativa, pesimista y generadora de frustración, nuestra actuación no tendrá, probablemente, ni la calidad de trato ni el interés específico que una familia colaboradora y amable acostumbra a obtener de nosotros. Y el incorrecto abordaje familiar repercutirá, a su vez, en el niño. Tanto por acción como por omisión podemos generar, pues, una victimización secundaria del niño. La familia real que debemos atender en el día a día será menudo diferente a la familia ideal que había imaginado y que deseábamos para sentirnos cómodos y satisfechos con nuestro trabajo.

Y si nos atrevemos a reflexionar veremos también que, por suerte, no hay profesionales que sean omnipotentes en todos los ámbitos. El profesional ideal para todo y para todos no existe. Y esto nos obliga a ser humildes y pedir ayuda a otros. Cada uno de nosotros procura hacer las cosas lo mejor que sabe en función de sus capacidades y de las circunstancias que le toca vivir.

Más que juguetes el bebé pide momentos de ternura, el escolar pide tiempo para comentar los aprendizajes que hace, y el adolescente busca, en casa, el espacio que le permite oponerse a los progenitores como un paso más para llegar a emprender el vuelo en solitario.

También nosotros, los profesionales, olvidamos demasiado a menudo que muchas de las manifestaciones que el niño y su familia nos cuentan no son más que reclamos de atención, y que desean que seamos orejas que escuchen. En atención primaria la abundancia de recursos técnicos, de análisis, de superespecialistas a los que derivar no es suficiente. Para los niños, los adolescentes y las familias, los momentos de ternura, acogida y escucha son indispensables.

Y estas familias mejoraran en su tarea de atender a los hijos que nos confían si sabemos apoyarlas. Demasiado a menudo nos fijamos solo en aquellas cosas que las familias no han hecho correctamente (¿según el criterio de quién?) y menospreciamos el esfuerzo que les ha supuesto el lograr mejoras, por pequeñas que sean, en el trato con



sus pequeños. Necesitamos dedicar más atención a las cosas que hacen bien y no solo a las que hacen de forma distinta a la que querríamos.

Por otro lado, si el niño necesita que las reglas del juego que le son impuestas sean también respetadas por sus padres, también las familias, para sentirse seguras, necesitan saber que les esta permitido y que no. Necesitan que las reglas del juego que les imponemos sean también respetadas por nosotros, los profesionales que las atendemos.

En el transcurso de la crianza de los hijos es normal que haya momentos de discusión entre los diferentes miembros de la familia. Por suerte, todos somos diferentes y nadie es perfecto. El desacuerdo es, pues, algo normal. Si los padres, cuando el acuerdo no es posible, imponen su criterio deberían razonar la decisión que toman. De forma parecida, cuando lo que se trata es de compartir, con las familias, los problemas que su hijo les da, podemos discrepar de sus ideas, pero hay que escuchar su punto de vista antes de decidir qué hacer. El imponernos puede conducir al incumplimiento de nuestras indicaciones.

No es extraño que , a veces, como la madre con un hijo difícil, nos quedemos sin recursos ni energías, y necesitemos tener al lado a alguien que nos eche una mano, nos permita serenarnos y más adelante, ya recuperados, podamos compartir lo que nos inquieta. A nosotros nos gusta partir del principio que dos personas forman ya un equipo cuando compartimos las preocupaciones y las angustias que un niño o una familia nos da.

El trabajo con otros profesionales del mundo de la infancia nos permite, además, ver más allá, y nos permite descubrir recursos, tanto en nosotros como en las familias que atendemos, que nos ayudan a avanzar. Y es entonces cuando comprendemos la certeza de las palabras del poeta, de Miquel Martí Pol: *"Tenim encara, en les mateixes golfes de fa molt temps, un estel de colors, i el vent i tot que ens cal per impulsar-lo"*



["Tenemos todavía, en las misma buhardilla y desde hace mucho tiempo, un cometa de colores, así como, también, el viento que necesitamos para impulsar-lo"]

Un solo nudo no hace una red y, solo, pocas cosas podrá contener. Muchos nudos, a pesar de ser elementos necesarios, tampoco forman siempre una red. Deben estar atados, interconectados, si quieren mantenerse firmes y resistentes cuando sufren la presión de las familias que piden su contención.

De hecho, el trabajo en equipo, en red, nace en el corazón y la voluntad de cada uno de los que debemos intervenir. Y necesitamos insistir en esta línea porque, desgraciadamente, debemos reconocer la falta de coordinación interdisciplinaria entre los profesionales del mundo de la infancia, descoordinación que suele tener el origen en los mismos comportamientos que encontramos en la base de la desestructuración familiar: falta de diálogo, de relación, de intercambio, de aceptación del otro y de sus ideas, de abuso de poder.

El primer paso para conseguir un correcto abordaje de las familias es la buena coordinación y entendimiento entre los que tenemos que intervenir. Y la ignorancia de los otros es, sin duda, nuestro primer error. Seamos, pues, nudos ilusionados y simpáticos.

Y seremos capaces de serlo si, por una parte, tenemos las aptitudes necesarias y nos hemos preparado para, pero, principalmente, si estamos dispuestos a hacerlo, a implicarnos, a mojarnos.

Y no debemos olvidar que cada uno de nosotros, nudos de una red de contención y ayuda a las familias con niños y adolescentes, somos también limitados y que, si queremos mantener la misma ilusión en el cumplimiento de la ayuda que ofrecemos necesitamos un repaso de vez en cuando. Es preciso, vaya, que alguien nos contenga a nosotros. Los pescadores, por la tarde, se preocupan y cuidan de sus redes para rehacer aquel nudo que ha quedado dañado por demasiada tirantez y re-une las relaciones que



se han deshecho por la fuerza de una carga demasiado pesada. Y la red re-encuentra de nuevo, la mañana siguiente, con renovada ilusión, las aguas frías y los peces difíciles.

Con el íntimo convencimiento de que lo que hace construir, mantener y crecer las grandes empresas es la tarea callada, pero constante, del día a día. El trabajo ordinario que poco a poco va sedimentando y pone la base o sigue a momentos especiales y extraordinarios. Es con este mismo espíritu que hace poco leíamos que "todo lo que el árbol tiene de flor y de fruto, de alegría, de extraordinario, vive de lo que tiene enterrado, de las raíces, de la convicción y la fe".

Y permítanme que concluya mi intervención con el afirmación que la mejor forma de ayudar un bebé es ayudar a sus padres, y que la mejor forma de ayudar a las familias es ayudar a los profesionales que por ellos velan. Y esperemos que no nos falten ni la atención de los pescadores que dirigen nuestra barca, ni su apoyo, para ayudarnos a evitar que no seamos nosotros, los nudos y la red los que vayamos a la deriva.

Muchas gracias por su atención!